

Santiago, 5 de Octubre de 1970.

Señor
Benjamín Prado.
Presidente del P.D.C.
Presente.

Estimado Benjamín,

un deber de franqueza me exige representarte mis vivos sentimientos por tu conducta en la Junta que terminó anoche, que me ha dejado profundamente herido, tanto en lo personal como en lo político.

Durante todo tu mandato, he colaborado lealmente contigo a pesar de no compartir -como bien lo sabes- los criterios políticos que nuestro candidato imprimió a su campaña y que tu Directiva apareció respaldando. Cuantas veces me pediste alguna cooperación, estuve pronto a prestarla con la mejor disposición y poniendo en ello toda mi capacidad, ya se tratare de la redacción de un documento, la concurrencia a un foro o cualquier otra gestión.

En cuanto a la campaña, recordarás que recién proclamado Radomiro, te hice llegar copia de una carta por la cual le expresaba francamente las condiciones en las cuales yo estaría dispuesto a jugarme en la campaña más allá de lo que exige la mera disciplina partidaria. Aunque la respuesta de Tomic no fué satisfactoria, acepté integrar la Comisión Política, trabajar un tiempo con los profesionales, participar en polémicas públicas en defensa de nuestro candidato, por quien creo haber trabajado -en el plano nacional y en mi zona- más que muchos de los que se dicen sus más fervientes partidarios. Sabes bien, porque te lo dije verbalmente y por escrito durante la campaña, del desaliento que me causaban muchas posiciones de nuestro candidato, cuya estrategia y orientación me parecieron siempre erróneas y creo fueron determinantes de la derrota. Eso no me impidió, sin embargo, vencer mis personales puntos de vista para trabajar tenazmente en la línea impuesta por el candidato.

Creo que esas circunstancias, a más de elementales reglas de caballerosidad entre camaradas y amigos, me daban derecho a un trato distinto del que me otorgaste en la Junta. Primero, a pesar de la solidaridad pública que te expresé más allá de lo que realmente merecías, y a pesar de la deferencia que tuve contigo al consultarte previamente tu opi-

nión sobre mi voto, presentado precisamente en el ánimo de encontrar un camino que no pusiera obstáculos a tu Directiva, y a pesar de que privadamente me dijiste que en conciencia no encontrabas que la aprobación de ese voto te obligara a dejar la Presidencia del Partido, presionaste moralmente a la Junta -con muy buenas palabras, pero con una presión que en el fondo constituye un chantaje- al anunciarle la caída de la Mesa si mi voto era aprobado. Luego, una vez que te diste el gusto de derrotar así al voto 1, cuando hablaste al término de la sesión rindiendo loas a la unidad y fraternidad del Partido, no tuviste una palabra de reconocimiento para nuestra actitud, la de quienes discrepamos y fuimos vencidos, y que con nuestra conducta fuimos los verdaderamente unitarios. En la euforia del triunfo te acordaste de muchos, pero no de quienes habíamos sido tus ocasionales pero deferentes y leales contendores.

Todo esto, Benjamín, no se hace entre camaradas y amigos. No puedo ocultarte que me duele.

Hasta aquí lo personal, que puedes -si quieres- tomarlo como un simple desahogo.

Pero hay en lo ocurrido anoche algo mucho más importante, de profundo significado político. Ha quedado en evidencia que nuestra famosa "unidad" sólo rige para algunos y no obliga a otros. Hay sectores del Partido que sólo colaboran con las Directivas que las interpretan cabalmente; pero cuando se elige una Directiva que expresa una tendencia distinta a la suya, se cruzan de brazos y desaparecen -como hicieron muchos durante la Presidencia de Castillo- y cuando hay la posibilidad de que la Junta, en ejercicio de la democracia interna, adopte una línea distinta de la suya, amenazan con irse y romper el Partido; como lo hizo ayer un grupo de la juventud. Y lo grave es que tú, desde tu jerarquía de Presidente del Partido, legitimaste ayer esa forma de entender la unidad, al amenazar con la renuncia de la Mesa -que en este instante significaría el quiebre del Partido- si se aprobaba el voto ropuesto por mí.

Esto, Benjamín, es francamente inaceptable.

Yo, hasta ahora, entendí y practiqué la unidad de distinta manera, y de ello tuvieron pruebas Gumucio, Fuentealba y tu mismo, en sus respectivas presidencias.

Y aunque sigo pensando que lo recto es proceder como siempre lo he hecho, tu actitud de anoche me fuerza, por un mínimo de respeto a mi propia dignidad, a abstenerme de toda actividad que me comprometa con la línea de tu Directiva. Naturalmente, como militante y como parlamentario, acataré en todo

la disciplina partidaria y cumpliré cabalmente -como siempre- mis obligaciones. Pero no podré actuar en tareas de elaboración o ejecución directa de la política de la Directiva. Te ruego, por lo tanto, excusarme de seguir actuando en la representación con que me honraste ante la Comisión Universitaria.

Debo agregarte, para concluir, que aparte de un imperativo de dignidad, que me ha sido impuesto por tu actitud, me refuerza en esta determinación la necesidad ineludible de que cada uno asuma, en esta grave hora, su propia responsabilidad.

Creo que ya han empezado a sentirse los efectos lamentables del error cometido por la Junta al adoptar su decisión de anoche. Todo Chile entiende que ya acordamos el apoyo a Allende, aún antes de que ninguna garantía nos fuera dada. Eso dicen los títulos de los diarios, desde "El Siglo" al "Ilustrado". Creada esta imagen, es claro que la Comisión Negociadora -compuesta de tres camaradas que publicamente habían anunciado de antemano que de todos modos votarían por Allende-, no tendrá ningún poder de negociación. Espero que partan del proyecto de reformas constitucionales que yo elaboré con la colaboración de Lagos, Evans, Cumplido y Savagnac. Dios quiera que no tengan mucho que ceder. Para mí, sería un milagro, que deseo de todo corazón, pero en el cual no creeré mientras no lo vea.

Esta imagen de que ya estamos entregados a Allende, tendrá una enorme repercusión en nuestras bases y en la esfera de los simpatizantes e independientes. Unos y otros se sentirán abandonados y ten la seguridad que muchos entrarán por "arreglarse" o buscarán otro alero más firme para resistir.

Ten la seguridad de que yo no haré olitas para agudizar esta imagen; pero no me pidas que diga ni haga lo contrario a mi más honda convicción.

Algún día, cada uno de nosotros tendrá que responder ante el Partido de sus éxitos o sus fracasos. Durante más de un año, he estado compartiendo responsabilidades en una política que no me interpretaba y que presentía nos llevaría al fracaso, como ocurrió el 4 de Septiembre. Ahora creo mi deber

para con el propio Partido salvar toda responsabilidad en una política que, a mi juicio, nos llevará a un fracaso aún mayor.

Quisiera, Benjamín, estar equivocado, y por el bien del Partido, y principalmente de Chile, Dios quiera que lo esté.

Naturalmente, esta carta es confidencial. Sin copias para nadie.

Cordialmente, tu camarada

Patricio Aylwin